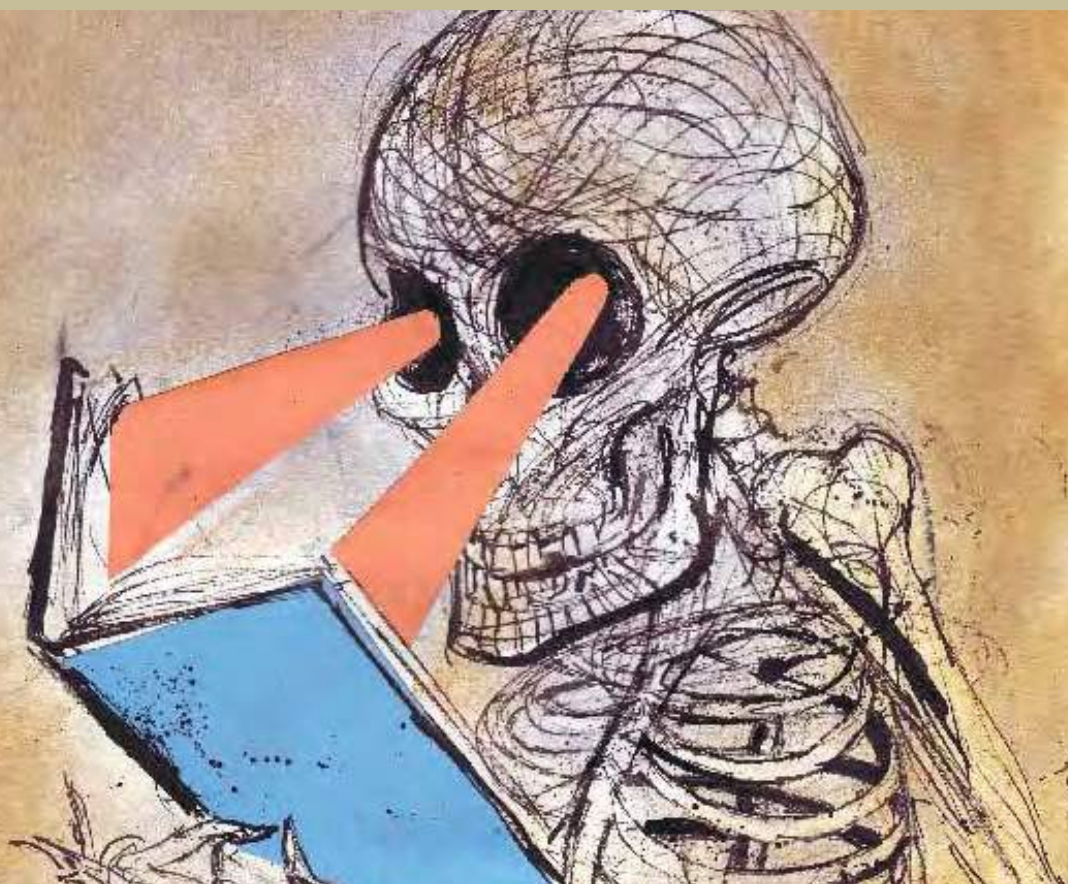


CUENTOS PARA LEER CON LA LUZ PRENDIDA

ILUSTRADO POR LUIS SCAFATI



ESTE LIBRO PERTENECE A:



© Eudeba 2014

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Libro de edición argentina

Diseño gráfico: Malena Cascioli

Cuentos para leer con la luz prendida /

Horacio Quiroga ... [et.al.] ; compilado por María Elena Cuter y Cinthia Kuperman ; ilustrado por Luis Scafati. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba; Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 2014.
64 p. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-23-2352-7

1. Literatura Infantil Uruguay. I. Quiroga, Horacio II. Cuter, María Elena, comp. III. Kuperman, Cinthia, comp. IV. Luis Scafati, ilus.
CDD U863.928 2

ÍNDICE

Prólogo	4
El almohadón de plumas	5
<i>Horacio Quiroga</i>	
El sonámbulo y la muerte	13
<i>Hugo Mitoire</i>	
El desentierro de la angelita	25
<i>Mariana Enríquez</i>	
La mano	35
<i>Guy de Maupassant</i>	
Cuento de horror	47
<i>Orlando Van Bredam</i>	
Ratas	51
<i>Montague Rhodes James</i>	
Para saber sobre... ..	63

PRÓLOGO

No se puede vivir sin leer. Uno puede creer que sí, pero la verdad es que no. Y pasan los años, y se ensancha la memoria de los pueblos, y no hay atajos: el que no lee no sabe, pero además, y encima, el que no lee se pierde un montón de maravillas.

Como se dan cuenta, estoy hablando del género literario más antiguo y hermoso del mundo. Antiguo porque el origen del cuento en sus formas breves puede rastrearse hasta hace unos 4.000 años, cuando los sumerios y los egipcios comenzaron a escribir relatos. Y hermoso porque, al menos para nosotros los que organizamos este libro para ustedes, no hay nada más interesante y copado.

Desde la primera gran figura en la historia del cuento, que fue Luciano de Samosata (un griego nacido en Siria, bajo el poder romano, en el año 125, y muerto en el 192), quien escribió cuentos que hoy son clásicos (“El cínico” y “El asno”, entre ellos), el cuento es sustancial a la vez que es forma pura. Por eso escribir no fue nunca un acto mecánico de simple catarsis, una exorcización, sino que fue una reflexión sobre el tiempo que vivió cada cuentista. Y por eso la definición de este género es incierta, imposible e improbable cualquiera sea la que se formule.

El cuento es indefinible, y en todo caso se define leyendo. Hay miles de reglas, como hay millones de argumentos, temas y tratamientos, pero siempre hay algo nuevo que sorprende y fascina: es el mundo que representa cada cuento y que nos identifica y nos sugiere. Sutilmente, como se hacen las mejores cosas en el arte.

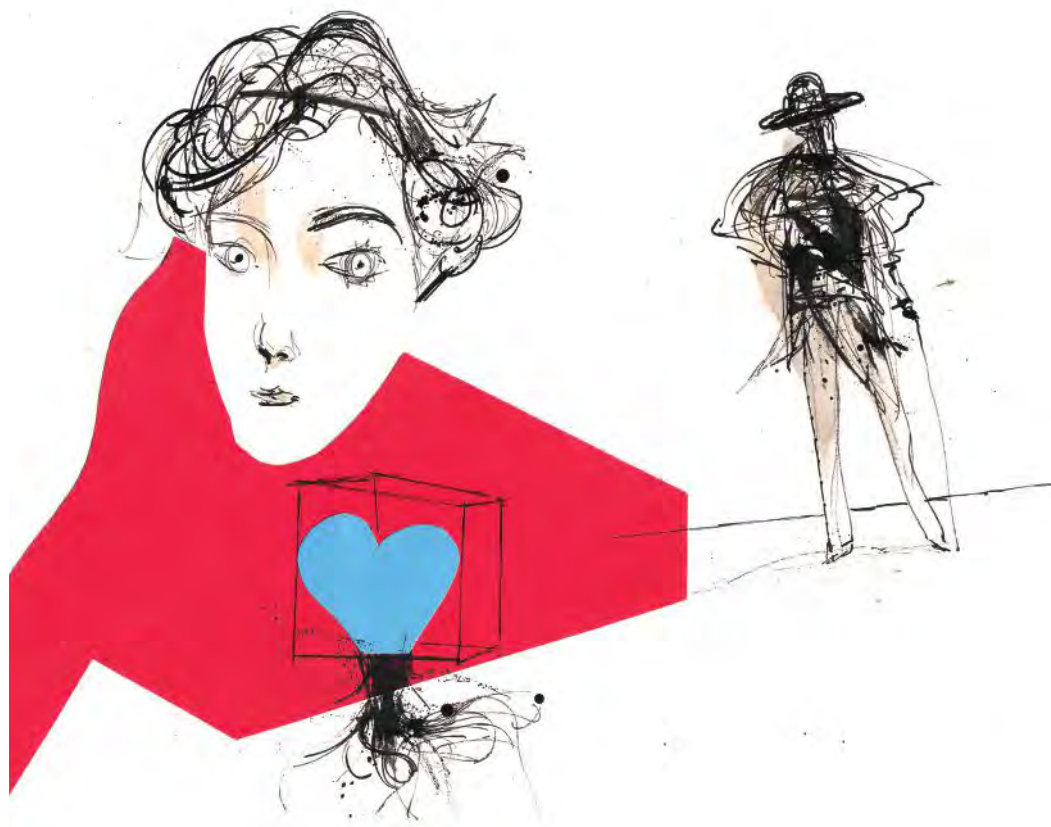
En este libro que preparamos especialmente para ustedes, encontrarán cuentos notables que esperamos les agraden y les sirvan para entrar en el impresionante mundo de la Literatura. La palabra cuento viene del latín *contus*, o *computus*, y significa llevar cuenta; en cierto modo, hacer que algo nunca se olvide.

A ver si los copa. Yo apuesto a que sí.

MEMPO GIARDINELLI

EL ALMOHADÓN DE PLUMAS

Horacio Quiroga



Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando, volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses –se habían casado en abril– vivieron una dicha especial.

Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso –frisos, columnas y estatuas de mármol– producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo



glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía



dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

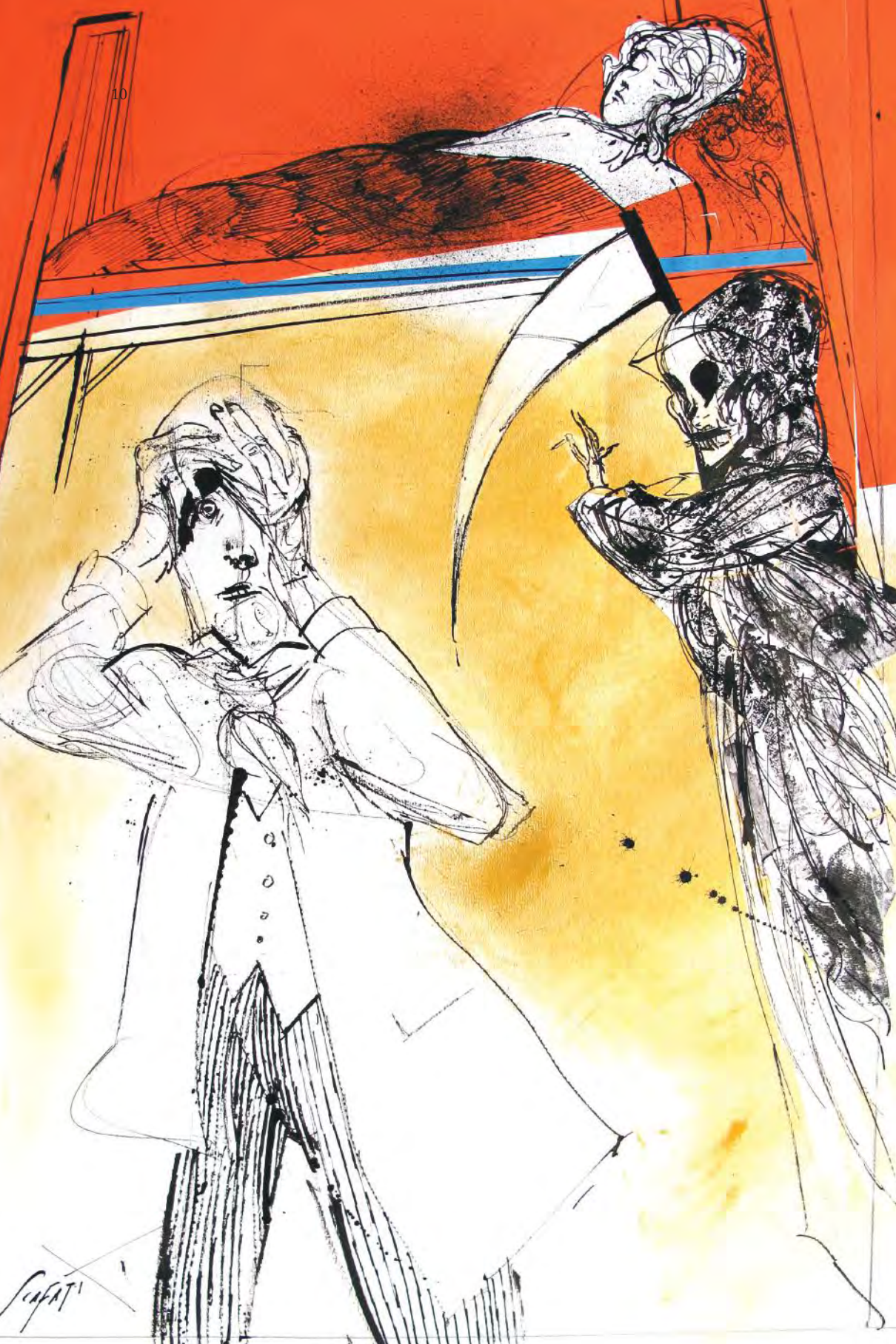
Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

—Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... poco hay que hacer...

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.



Scatari

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienas de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción



diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.



EL SONÁMBULO Y LA MUERTE

Hugo Mitoire



Mi primo Sergio era sonámbulo, y cada vez que me acuerdo de sus ataques, unas veces me da risa y otras, tristeza; la verdad es que ser sonámbulo no es nada divertido.

Cuando empezó con los ataques de sonambulismo, a los diez u once años, no podía acordarse de lo que le ocurría, y siempre nos enterábamos por su mamá o sus hermanos; pero después de esa edad, ya podía relatar con todos los detalles cada vez que le daba uno, y para mí eran los cuentos más fantásticos y terroríficos que podía escuchar.

La verdad es que yo presencié solamente uno de sus ataques, el que tuvo una siesta de domingo. Ese día habíamos vuelto de una pesca en puerto Las Palmas, y pienso que ese ataque le dio por todas las cosas que nos ocurrieron en ese viaje de regreso: ¡más yeta no podíamos haber tenido!

Salimos del puerto a la mañana, en nuestro sulky, cansados y mal dormidos, los hermanos Barrero y yo, y a eso de las diez más o menos. Veníamos al trotecito. De repente, el caballo pegó un corcoveo y unos relinchos y quedó desbocado, como loco. Nos pegamos un flor de julepe. Coco tiraba de las riendas para frenarlo y Sergio y yo nos queríamos tirar del sulky, y en eso ¡al suelo todo el mundo!: se cayó el caballo en la cuneta, tumbó el sulky y fuimos a parar a un charco los tres juntos.

El pobre animal empezó a temblar, vomitaba y pataleaba, y nosotros estábamos muy asustados. Recién ahí nos dimos cuenta de que se estaba muriendo el noble caballito, y enseguida se murió del todo nomás. Nos dio mucha pena, porque era muy bueno y guapo. Fue una lástima que estuviera tan viejo.

Salimos del charco embarrados hasta la coronilla, desenganchamos el sulky y acomodamos un poco las cosas; entonces Coco, en su condición de hermano mayor y jefe de la expedición, nos dijo que teníamos que ir hasta la casa a buscar otro caballo.

—¡¡¡¿A pie hasta la casa?!!! —le gritó Sergio.

—No hay otro remedio —le contestó Coco.

Nos queríamos morir, porque la casa quedaba a unas tres leguas, y si queríamos acortar camino había que atravesar montes, esteros y pajonales. Ahí nomás emprendimos la caminata entrando en un mogote, muertos de hambre y con sueño; cada tanto hablábamos un poco, después maldecíamos contra el caballo y contra Coco, y otras veces caminábamos un largo trecho en absoluto silencio.

La cosa es que después de esa travesía de tres o cuatro horas llegamos a la casa, y ahí el tío Luis, el papá de Sergio, mandó a un peón a caballo a rescatar a Coco y al sulky.

Habíamos llegado arrastrando los pies, con todo el cansancio de los tres días de pesca, el julepe con el caballo muerto y encima esa terrible caminata. La tía Isabel nos sirvió un guiso de arroz y nos comimos tres platos cada uno; después nos acostamos a descansar. Sergio se acostó en su pieza y yo



en un catre en el patio, debajo de un paraíso.

Al rato me despertaron gritos y golpes. Escuché que Sergio gritaba que no lo maten y que le sacaran esas cosas que tenía en la cabeza... pero lo único que tenía en la cabeza ¡eran sus pelos!

Yo me senté en el catre y medio dormido vi que salían corriendo y gritando, detrás de él, su mamá y su hermana. Lo alcanzaron cerca del corral llorando y dando manotazos. Lo acariciaron y le dijeron que volviera a acostarse. Después de un rato lo convencieron y lo llevaron de vuelta a la cama.

Me acuerdo de que mi tía siempre decía que a un sonámbulo no hay que despertarlo de golpe, porque puede quedar tonto para siempre o morirse del susto. Porque cuando a una persona le da el ataque de sonambulismo, es como si estuviera viviendo otra vida.

La cosa es que Sergio durmió toda la tarde y la noche. Cuando se despertó no se acordaba absolutamente de nada.

Y así como esta situación, le ocurrieron otras cuantas más, según contaban sus familiares; algunas eran muy graciosas, otras medio peligrosas.

Hasta que un día Sergio me empezó a contar de sus ataques. Me dijo que no sabía si eran cosas que había hecho estando sonámbulo, o si eran pesadillas. Estaba muy afligido, porque sus padres no le creían. Le decían que sólo eran malos sueños, que no hiciera caso, y que no comiera tanto de noche, ni hablara de cosas raras, que con eso se le iban a desaparecer esas pesadillas.

Él tenía miedo, porque estaba seguro de que no eran sueños ni pesadillas, sino que se levantaba y, sonámbulo, recorría el corral o la chacra; o lo que es peor, a veces iba hasta el cementerio, que estaba a unos quinientos metros.

Lo primero que me contó fue de algunas noches en las que anduvo por el corral y el gallinero. Los animales estaban tan acostumbrados a verlo que no se asustaban con su presencia ni las vacas, los terneros o gallinas ¡ni los gansos!, y eso que éstos son los animales más bochincheros. Otras noches no solamente paseaba por la chacra de algodón, sino que llegaba hasta el cañaveral.

Después yo me di cuenta de que se puso más serio y nervioso, y ahí me empezó a contar lo que más lo atormentaba. Me contó que una noche de

luna, con mucha cerrazón, salió de su casa y caminó hasta el cementerio. Entró y recorrió los caminitos entre tumbas y panteones. Recordó que había mucha gente caminando por esos senderos; algunos estaban sentados sobre las tumbas y otros parados. Nadie hablaba. Él tampoco.

En ese instante le dije que estaba muy loco o muy borracho para haber soñado eso, pero él ni siquiera se sonrió, y muy serio me dijo que eso no era nada, y me empezó a contar otra cosa más terrorífica todavía, una cosa que me puso la piel de gallina. Juro que hasta ahora me da escalofríos cuando recuerdo ese relato.

Me contó que a la madrugada siguiente se levantó y volvió al cementerio. Entró y empezó a caminar. Había mucha neblina y estaba fresquito. De repente se le apareció una figura nueva: era alta, con una capa negra muy ancha y larga, como la que usan los monjes, con una capucha que no le dejaba ver la cara, ni siquiera la nariz. Lo único que podía ver era su mano, que no tenía carne, era sólo hueso, y en ella llevaba una guadaña.

–Soy la Muerte –le dijo la figura negra.

Y Sergio me juró que no sintió miedo ni nada, simplemente se quedó parado mirándola, sin siquiera poder hablar. Quería preguntarle cosas pero no le salía la voz, y La Muerte parecía adivinarle los pensamientos.

Sergio pensó que lo iba a matar.

–No te preocupes, no te haré nada –le contestó el espectro.

Sergio pensó que estaba soñando o que estaba muerto.

–Estás en el límite de la vida y la muerte, y desde ahí puedes ver muchas cosas –habló el espectro.

Sergio pensó que había llegado la hora de su muerte.

–Todavía no es tu hora, pero si quieres saber la edad a la que morirás, sólo piénsalo y te responderé –dijo el espectro.

Sergio se dio cuenta de que todos sus pensamientos eran contestados por La Muerte, y entonces no quiso saber nada más; empezó a asustarlo la idea de saber todo sobre su futuro. Pero no pudo frenar un pensamiento, y pensó en quiénes serían todas esas personas que se paseaban por el cementerio.

Y La Muerte respondió:

–Son las almas de los muertos que todavía están en la tierra, y que ni siquiera saben dónde irán a parar. Y ahora quiero mostrarte algo.

Y Sergio siguió a La Muerte hasta una tumba que estaba cerca del tejido. El espectro abrió la tumba y con su guadaña, de un solo golpe, levantó la tapa del cajón negro y ovalado.

Ahí se vio el cuerpo de un hombre que le pareció conocido... ¡era don Gilberto Casco!, un hombre que había muerto hacía tres días; un tipo antipático, malo como la peste, que tenía mucha plata y que si te prestaba, seguro que terminabas en la calle, porque siempre había que entregarle las chacras y animales para pagar los intereses. El tío Luis siempre decía que ese tipo era un prestamista estafador.

Y La Muerte volvió a hablar:

–Este tipo era un sinvergüenza que hizo sufrir a mucha gente sólo para tener cada vez más plata; pero lo que no sabía es que esa plata no le serviría de nada, ni siquiera para salvarlo de esto.

Y con un rápido movimiento, La Muerte le encajó un guadañazo y lo descabezó. La cabeza voló por el aire y cayó a un costado. Luego tapó el cajón y la tumba, y agarró la cabeza de los pelos.

Comenzaron a caminar. Fueron hacia el fondo del cementerio y casi en la esquina, La Muerte le mostró un lugar en la tierra: era una especie de círculo donde se notaba que la tierra estaba floja, como removida. La Muerte empezó a escarbar con su guadaña hasta que hizo un pozo de medio metro de hondo, y ahí empezaron a aparecer... ¡otras cabezas sueltas!



La Muerte habló de nuevo:

–En este lugar entierro las cabezas de las personas que irán al Infierno. Desde aquí ya están en manos del Diablo, y poco a poco, esas cabezas van hundiéndose en la tierra hasta llegar a un río profundo y entrar en los círculos del Infierno.

Sergio pensó si El Diablo y La Muerte no serían la misma cosa.

–No –respondió La Muerte–. Solemos andar juntos, pero no somos la misma cosa.



Luego La Muerte agarró la cabeza, la tiró en el pozo y empezó a taparla hasta emparejar la tierra nuevamente.

Cuando terminó de alisar el piso, volvieron a caminar entre las tumbas y a conversar; o mejor dicho, Sergio pensaba y La Muerte contestaba. Ya estaban cerca de la salida y Sergio vio una figura diferente de todas las demás; parecía una persona real, de carne y hueso. Se acercaron un poco más y lo reconoció: ¡era Quelito Paredes!, un muchacho del lugar, de unos veintipico de años, con una terrible deficiencia mental, pero que era capaz de reconocer a las personas y hasta podía llamarlas por su nombre. Sergio



vio que Quelito movía la boca, reía y gesticulaba, pero él no podía escuchar nada y tampoco podía hablar. Entonces habló La Muerte:

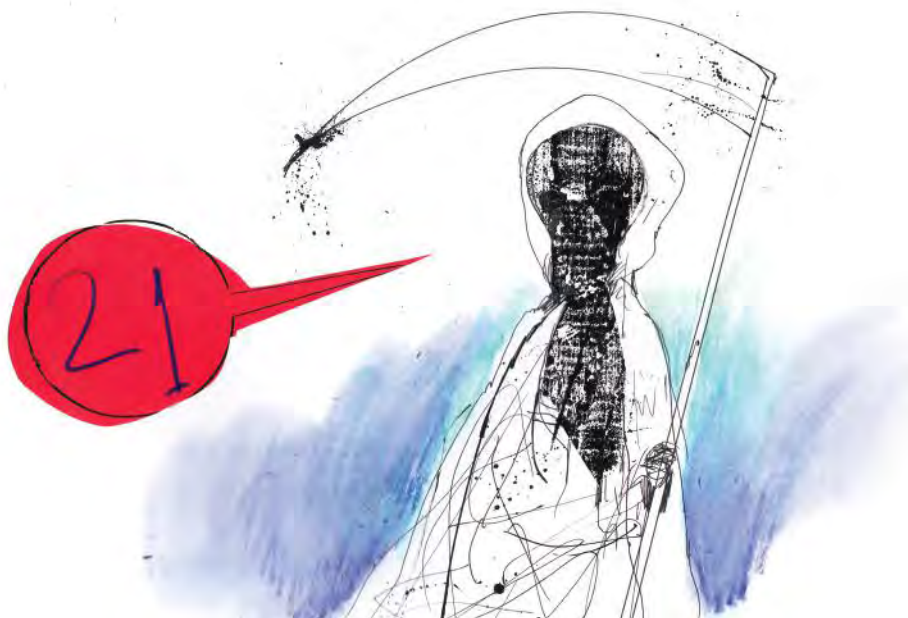
–En este estado no podrás escuchar ni hablar a ningún ser vivo. Él tampoco puede verme ni escucharme.

Y el pobre Quelito seguía gesticulando hablando y lo tomaba del brazo a Sergio, como queriendo llevárselo.

–Ya puedes irte –dijo La Muerte y se quedó parada en el medio de un caminito, envuelta en la neblina, donde la luna le daba de lleno y parecía agrandar su fantástica figura, haciendo brillar el filoso hierro de su guadaña.

Sergio no quería pensar en eso. Lo invadía la desesperación y se esforzaba por pensar en cualquier otra cosa, hasta que finalmente no pudo más y pensó. Pensó... en cuánto faltaría para su muerte.

–Morirás a los veintiún años –dijo La Muerte, y se alejó caminando entre las tumbas.



Y sin darse cuenta, Sergio empezó a llorar y a caminar con Quelito, que lo agarraba de un brazo, reía y gesticulaba.

Desde ese momento, Sergio me aseguró que no se acordaba de nada más: no sabía cómo llegó a su casa, ni qué hizo Quelito, ni nada, y que este mismo relato se lo había contado a sus padres, pero éstos le dijeron que había sido simplemente un mal sueño y que pronto olvidaría todo. Entonces Sergio, más preocupado por él mismo que por hacer creer el relato a su familia, un día buscó a Quelito, lo trajo hasta su casa y delante de sus padres le dijo:

–Quelito, contales que me encontraste la otra noche en el cementerio...

Y Quelito, que reía con la risa de los tontos, gesticulaba y se apretaba con todas sus fuerzas las dos manos juntas bajo el mentón, respondió:

–*Iiii, Keko etaba nel cementerio....*

Los padres de Sergio y sus hermanos lo miraron a Quelito, y luego a él, y casi a coro le respondieron:

–Cómo le vas a creer, él va a decir cualquier cosa, hasta puede decir que te vio volando. No pienses más en eso.

Entonces Sergio, que no terminaba de convencerse, lo llevó a Quelito afuera y allí, cerca del galpón, le prometió que le daría plata para el vino si decía la verdad.

–¿Me viste o no me viste en el cementerio? Decime la verdad, si no me viste igual te voy a dar la plata.

–*Iiii, vo etaba nel cementerio...*

A Sergio lo invadieron la angustia y el miedo... y lloró.

Su vida empezó a cambiar: tenía miedo a la muerte. Todo eso le hacía dudar de si habían sido ataques de sonámbulo o pesadillas; ya no sabía a quién creer. Por suerte, en los ataques que tuvo después, ya no andaba por el cementerio ni se encontraba con La Muerte, pero la duda que siempre

rondaba su cabeza era saber si esas cosas las soñaba o las vivía como sonámbulo.

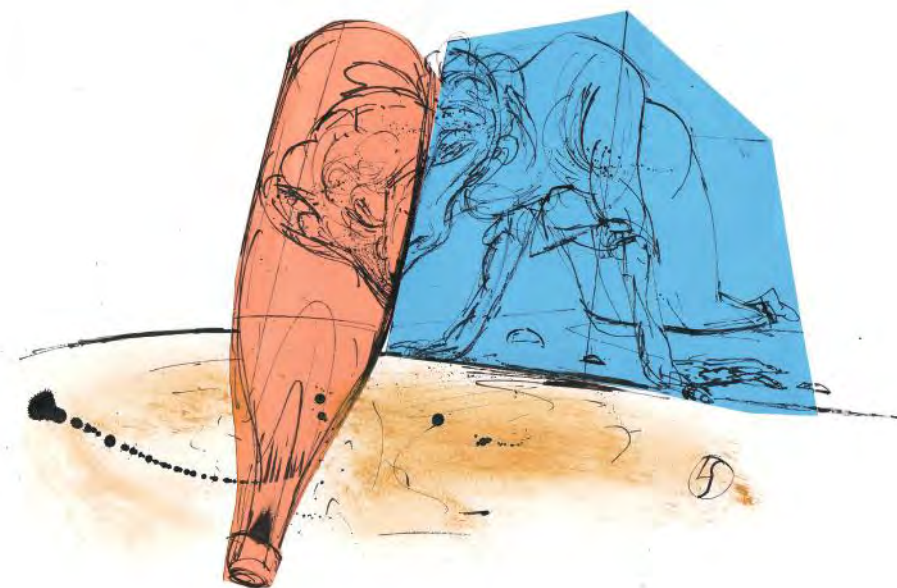
Ahora, que han pasado más de treinta años de aquellos relatos de mi primo, yo puedo afirmar, con mucha tristeza, que decía la verdad cuando contaba esos ataques de sonambulismo y sus conversaciones con La Muerte.

Pero Sergio ahora ya no está y yo lo sigo extrañando. Murió en la madrugada de un veintiuno de abril, cuando apenas tenía... veintiún años.



EL DESENTIERRO DE LA ANGELITITA

Mariana Enríquez



A mi abuela no le gustaba la lluvia y antes de que cayeran las primeras gotas, cuando el cielo se oscurecía, salía al patio del fondo con botellas y las enterraba hasta la mitad, todo el pico bajo tierra. Yo la seguía y le preguntaba abuela por qué no te gusta la lluvia por qué no te gusta. Pero ella, nada, evasiva, con la palita en la mano, frunciendo la nariz para oler la humedad en el aire. Si finalmente llovía, fuera garúa o tormenta, cerraba puertas y ventanas y subía el volumen del televisor hasta tapan el ruido de las gotas y el viento —el techo de su casa era de chapa—, y si el aguacero coincidía con su serie favorita, *Combate*, no había quien pudiera sacarle una palabra porque estaba perdidamente enamorada de Vic Morrow.

Yo adoraba la lluvia porque ablandaba la tierra seca y permitía que se desatara mi manía excavatoria. ¡Qué de pozos! Usaba la misma pala que la abuela, una muy chica, del tamaño que usaría un niño para jugar en la playa, pero de metal y madera, no de plástico. La tierra del fondo albergaba pedacitos de botellas de vidrio color verde, con los bordes tan lisos que ya no cortaban; piedras suaves que parecían cantos rodados o pequeñas rocas de playa, ¿por qué estarían en el fondo de mi casa? Alguien debía haberlas sepultado. Una vez encontré una piedra ovalada, del tamaño y color de una cucaracha pero sin patas ni antenas. De un lado era lisa, del otro unas muescas formaban los claros rasgos de una cara sonriente. Se la mostré a mi papá, enloquecida porque creía encontrarme ante una reliquia, y me dijo que las marcas formaban un rostro de casualidad. Mi papá nunca se entusiasmaba. También encontré dados negros, con los puntos blancos ya casi invisibles. Encontré restos de vidrios esmerilados verde manzana y turquesa. Mi abuela se acordó de que habían sido parte de una puerta vieja. También jugaba con lombrices y las cortaba en pedacitos bien chiquitos. No me divertía ver el cuerpo dividido retorciéndose un poco para al final seguir adelante. Me parecía que si picaba bien a la lombriz, como a una cebolla, sin dejar contacto alguno entre los anillos, no iba a poder reconstruirse. Nunca me gustaron los bichos.

Encontré los huesos después de una tormenta que convirtió al cuadrado de tierra del fondo en una piscina de barro. Los guardé en el balde que usaba para llevar los tesoros hasta la pileta del patio, donde los lavaba. Se los mostré a papá. Dijo que eran huesos de pollo, o a lo mejor de bifos de lomo, o de alguna mascota muerta que debían haber enterrado hacía mucho. Perros o gatos. Insistía con lo de los pollos porque antes, en el fondo, cuando él era chico, mi abuela tenía un gallinero.

Parecía una explicación posible hasta que mi abuela se enteró de los huesitos y empezó a arrancarse los pelos y a gritar: la angelita la angelita. Pero el escándalo no duró mucho bajo la mirada de papá: él admitía las “supersticiones” (así las llamaba) de la abuela siempre y cuando no se desbordara. Ella le conocía el gesto de desaprobación y se tranquilizó



a la fuerza. Me pidió los huesitos y se los di. Después me pidió que me fuera a la habitación a dormir. Yo me enojé un poco porque no entendía la causa de la penitencia.

Pero más tarde, esa misma noche, me llamó y me contó todo. Era la hermana número diez u once, mi abuela no estaba demasiado segura, en aquel entonces no se les prestaba tanta atención a los chicos. Se había muerto a los pocos meses de nacida, entre fiebres y diarrea. Como era angelita, la sentaron sobre una mesa adornada con flores, envuelta en un trapo rosa, apoyada en un almohadón. Le hicieron alitas de cartón para que subiera al cielo más rápido, y no le llenaron la boca de pétalos de flores rojas porque a la mamá, mi bisabuela, le impresionaba, le parecía sangre. Hubo baile y canto toda la noche, y hasta hubo que echar a un tío borracho y reanimar a mi bisabuela, que se desmayó por el llanto y el calor. Una rezadora india cantó trisagios, y lo único que les cobró fue unas empanadas.

—¿Eso fue acá, abuela?

—No, en Salavina, en Santiago. ¡Hacía un calor!

—Entonces no son los huesos de la nena, si se murió allá.

—Sí que son. Yo me los traje cuando vinimos para acá. No la quise dejar porque lloraba todas las noches, pobrecita. Si lloraba con nosotros cerquita, en la casa, ¡lo que iba a llorar sola, abandonada! Así que me la traje. Ya era huesitos nomás, la puse en una bolsa y la enterré acá en los fondos. Ni tu abuelo sabía. Ni tu bisabuela, nadie. Es que nomás yo la escuchaba llorar. Tu bisabuelo también, pero se hacía el tonto.

—¿Y acá llora la nena?

—Cuando llueve, nomás.

Después le pregunté a mi papá si la historia de la nena angelita era cierta, y él dijo que la abuela ya estaba muy grande y desvariaba. Muy convencido no parecía, o a lo mejor le resultaba incómoda la conversación. Después la abuela se murió, la casa se vendió, yo me fui a vivir sola sin marido ni hijos; mi papá se quedó con un departamento de Balvanera, y me olvidé de la angelita.

Hasta que apareció al lado de la cama, en mi departamento, diez años después, llorando, una noche de tormenta.

La angelita no parece un fantasma. Ni flota ni está pálida ni lleva vestido blanco. Está a medio pudrir y no habla. La primera vez que apareció creí que soñaba y traté de despertarme de la pesadilla; cuando no pude y empecé a entender que era real grité y lloré y me tapé con las sábanas, los ojos cerrados fuerte y las manos tapando los oídos para no escucharla –porque en ese momento no sabía que era muda–. Pero cuando salí de ahí abajo, unas cuantas horas después, la angelita seguía ahí con los restos de una manta vieja puesta sobre los hombros como un poncho. Señalaba con el dedo hacia afuera, hacia la ventana y la calle, y así me di cuenta de que era de día. Es raro ver un muerto de día. Le pregunté qué quería, pero como respuesta siguió señalando como en una película de terror.

Me levanté y salí corriendo hacia la cocina, a buscar los guantes que usaba para lavar los platos. La angelita me siguió. Apenas una primera muestra de su personalidad demandante. No me amedrentó. Con los guantes puestos la agarré del cogotito y apreté. No es muy coherente intentar ahorcar a un muerto, pero no se puede estar desesperado y ser razonable al mismo tiempo. No le provoqué ni una tos, nada más yo quedé con restos de carne en descomposición entre los dedos enguantados y a ella le quedó la tráquea a la vista.

Hasta ese momento no sabía que se trataba de Angelita, la hermana de mi abuela. Seguía cerrando los ojos bien fuerte a ver si ella desaparecía o yo me despertaba. Como no funcionaba le caminé alrededor y vi, en la espalda, colgando de los restos amarillentos de lo que ahora sé era la mortaja rosa, dos rudimentarias alitas de cartón con plumas de gallina pegoteadas. En tantos años tendrían que haber desaparecido, pensé y después me reí un poco histérica y me dije que tenía un bebé muerto en la cocina, que era mi tía abuela y que caminaba, aunque por el tamaño debía haber vivido apenas unos tres meses. Tenía que dejar definitivamente de pensar en términos de qué era posible y qué no.

Le pregunté si era mi tía abuela Angelita –como no habían hecho tiempo

de anotarla con un nombre legal, eran otros tiempos, la llamaron siempre por ese nombre genérico—; así descubrí que no hablaba pero contestaba moviendo la cabeza. Entonces mi abuela decía la verdad, pensé, no eran del gallinero, eran los huesitos de su hermana los que desenterré cuando era chica.

Lo que quería Angelita era un misterio, porque más que mover la cabeza afirmativa o negativamente no hacía. Pero algo quería con suma urgencia, porque no sólo seguía señalando, sino que no me dejaba en paz. Me seguía por toda la casa. Me esperaba atrás de la cortina del baño cuando tomaba una ducha; se sentaba en el bidet cuando yo hacía pis o caca; se paraba al lado de la heladera cuando lavaba los platos y se sentaba al lado de la silla cuando yo trabajaba con la computadora.

Seguí haciendo mi vida normal durante la primera semana. Creía que a lo mejor se trataba de un pico de estrés con alucinación, y que se iría. Me pedí unos días en el trabajo, tomé pastillas para dormir. La angelita seguía ahí, esperando al lado de la cama a que me despertara. Algunos amigos me visitaron. Al principio no quise atender los mensajes ni abrirles la puerta pero, para no preocuparlos más, accedí a verlos aduciendo agotamiento mental. Ellos comprendieron, estuviste trabajando como una negra, me decían. Ninguno vio a la angelita. La primera vez que me visitó mi amiga Marina metí a la angelita en el placard, pero para mi terror y disgusto, se escapó y se sentó en el brazo del sillón, con esa fea cara podrida verdegrís. Marina ni se dio cuenta.

Poco después saqué a la angelita a la calle. Nada. Salvo ese señor que la miró de pasada y después se dio vuelta y la volvió a mirar y se le descompuso la cara, le debe haber bajado la presión; o la señora que directamente salió corriendo y casi la atropella el 45 en la calle Chacabuco. Alguna gente tenía que verla, eso me lo imaginaba, seguramente no mucha. Para evitarles el mal momento, cuando salíamos juntas —mejor dicho, cuando ella me seguía y a mí no me quedaba otra que dejarme acompañar— lo hacía con una especie de mochila para cargarla (es feo verla caminar, es tan chiquita, es antinatural). También le compré una venda tipo máscara para la cara,

de las que se usan para tapar cicatrices de quemaduras. La gente ahora cuando la ve siente asco, pero también conmoción y pena. Ven a un bebé muy enfermo o muy lastimado, ya no a un bebé muerto.

Si me viera mi papá, pensaba, él que siempre se quejó de que iba a morir sin nietos (y se murió sin nietos, yo lo decepcioné en esa y muchas otras cosas). Le compré juguetes para que se entretuviera, muñecas y dados de plástico y chupetes para que mordiera, pero nada parecía gustarle demasiado, y seguía con el dichoso dedo apuntando para el Sur –de eso me



di cuenta, era siempre para el Sur— mañana, tarde y noche. Yo le hablaba y le preguntaba, pero ella no se podía comunicar bien.

Hasta que una mañana se apareció con una foto de mi casa de la infancia, la casa donde yo había encontrado sus huesitos en el patio del fondo. La sacó de la caja donde guardo las fotografías: un asco, dejó todas las otras manchadas de su piel podrida que se desprendía, húmedas y pringosas. Ahora señalaba la casa con el dedo, bien insistente. —¿Querés ir ahí?, le pregunté, y me dijo que sí. Le expliqué que la casa ya no era nuestra, que la habíamos vendido, y me dijo que sí otra vez.

La cargué en la mochila con su máscara puesta y nos tomamos el 15 hasta Avellaneda. Ella no mira por la ventana en los viajes, tampoco mira a



la gente ni se entretiene con nada, le da a lo exterior la misma importancia que a los juguetes. La llevé sentada a upa para que estuviera cómoda, aunque no sé si es posible que esté incómoda o si eso significa algo para ella; ni siquiera sé qué siente. Solamente sé que no es mala, y que le tuve miedo al principio, pero hace rato que no.

Llegamos a la que fue mi casa a eso de las cuatro de la tarde. Como siempre en verano, había un olor pesado a Riachuelo y nafta sobre la avenida Mitre, mezclado con tufos de basura; en las esquinas, helados caídos de cucuruchos que dejaban el suelo pegoteado. Hay muchas heladerías sobre la avenida y mucha gente torpe. Cruzamos la plaza caminando, después pasamos por el Sanatorio Itoiz, donde se murió mi abuela, y finalmente



rodeamos la cancha de Racing. Atrás estaba mi casa vieja, a dos cuadras de distancia del estadio. Pero ahora que estaba en la puerta, ¿qué hacer? ¿Pedirles a los dueños nuevos que me dejaran pasar? ¿Con qué pretexto? Ni lo había pensado. Claramente me estaba afectando la mente andar para todos lados con una niña muerta.

Angelita fue la que se encargó de la situación. No hacía falta entrar. Era posible asomarse al fondo por la medianera, eso era lo único que ella quería, ver el fondo. Espiamos las dos, ella en mis brazos –la medianera era más bien baja, debía estar mal hecha–. Ahí, donde solía estar el cuadrado de tierra, había una pileta de natación de plástico azul, empotrada en un hueco del suelo. Evidentemente habían levantado toda la tierra para hacer el hoyo, y con esa acción habían tirado los huesos de la angelita vaya a saber dónde, los habían revoleado, se habían perdido. Me dio lástima, pobrecita, y le dije que lo sentía mucho, que no podía solucionárselo; hasta le dije que lamentaba no haberlos desenterrado otra vez cuando la casa se vendió, para sepultarlos en algún lugar pacífico, o cerca de la familia si a ella le gustaba así. ¡Pero si tranquilamente podría haberlos puesto adentro de una caja o un florero, y llevarlos a casa! Estuve mal con ella y le pedí disculpas. Angelita dijo que sí. Entendí que las aceptaba. Le pregunté si ahora estaba tranquila y se iba a ir, si me iba a dejar sola. Me dijo que no. Bueno, contesté, y como la respuesta no me cayó muy bien, salí caminando rápido hasta la parada del 15 y la obligué a corretear atrás mío con sus pies descalzos que, de tan podridos, estaban dejando asomar los huesitos blancos.



LA MANO

Guy de Maupassant



Formábamos un círculo en torno a *Monsieur* Bermutier, juez de instrucción, que daba su opinión sobre el misterioso suceso de Saint-Cloud. Desde hacía un mes, aquel inexplicable crimen conmovía a París. Nadie entendía nada del asunto.

Monsieur Bermutier, de pie, de espaldas a la chimenea, hablaba, reunía las pruebas, discutía las distintas opiniones, pero no llegaba a ninguna conclusión.

Varias mujeres se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con los ojos clavados en la boca afeitada del magistrado, de donde salían las graves palabras. Se estremecían, vibraban, crispadas por su curiosidad temerosa, por la ávida e insaciable necesidad de espanto que atormentaba sus almas y las torturaba como el hambre.

Una de ellas, más pálida que las demás, dijo durante un silencio:

–Es horrible. Esto roza lo “sobrenatural”. Nunca se sabrá nada.

El magistrado se dio la vuelta hacia ella:

–Sí, *Madame*, es probable que no se sepa nunca nada. En cuanto a la palabra “sobrenatural” que acaba de utilizar, no tiene nada que ver con esto. Estamos ante un crimen muy hábilmente concebido, muy hábilmente ejecutado, tan bien envuelto en misterio que no podemos separarlo de las circunstancias impenetrables que lo rodean. Pero, hace un tiempo, tuve que encargarme yo mismo de un suceso en que realmente parecía que había



algo fantástico. Por lo demás, tuvimos que abandonarlo, por falta de medios para esclarecerlo.

Varias mujeres dijeron a la vez, tan de prisa que sus voces no fueron sino una:

–¡Oh! Cuéntenoslo.

Monsieur Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreír un juez de instrucción. Prosiguió:

–No vayan a creer que he podido, incluso un instante, suponer que había algo sobrehumano en esta aventura. No creo sino en las causas naturales. Pero sería mucho más adecuado si en vez de emplear la palabra “sobrenatural” para expresar lo que no conocemos, utilizáramos simplemente la palabra “inexplicable”. De todos modos, en el suceso que voy a contarles, fueron sobre todo las circunstancias del contexto, las circunstancias preparatorias las que me turbaron. En fin, éstos son los hechos:

* * *

En ese entonces era juez de instrucción en Ajaccio, una pequeña ciudad blanca que se extiende al borde de un maravilloso golfo rodeado por todos lados de altas montañas.

Los asuntos de los que me ocupaba eran sobre todo los de *vendettas*. Las hay soberbias, dramáticas al extremo, feroces, heroicas. Encontramos en ellas los temas de venganza más bellos con que se pueda soñar, los odios seculares, apaciguados un momento pero nunca apagados, las astucias abominables; los asesinatos se vuelven masacres y casi acciones gloriosas. Desde hacía dos años no oía hablar más que del precio de la sangre, del terrible prejuicio corso que obliga a vengar cualquier injuria sobre la persona que la ha hecho, sobre sus descendientes y sus allegados. Había visto degollar a ancianos, a niños, a primos; tenía la cabeza llena de aquellas historias.

Un día me enteré de que un inglés acababa de alquilar por varios años un pequeño chalet en el fondo del golfo. Había traído con él a un criado

francés, contratado al pasar por Marsella.

Pronto todo el mundo se interesó por aquel singular personaje, que vivía solo en su residencia y que no salía sino para cazar y pescar. No hablaba con nadie, no iba nunca a la ciudad, y cada mañana se entrenaba durante una o dos horas en disparar con la pistola y la carabina.

Se crearon leyendas en torno a él. Se pretendió que era un alto personaje que huía de su patria por motivos políticos; luego se afirmó que se escondía tras haber cometido un espantoso crimen. Incluso se mencionaban circunstancias particularmente horribles.

En mi calidad de juez de instrucción, quise tener alguna información sobre aquel hombre; pero me fue imposible enterarme de nada. Se hacía llamar Sir John Rowell.

Me contenté, pues, con vigilarlo de cerca; pero, en realidad, no encontraba nada sospechoso respecto a él.

Sin embargo, como los rumores sobre él continuaron, aumentaron y se generalizaron, decidí intentar ver por mí mismo a aquel extranjero, y me puse a cazar con regularidad en los alrededores de su dominio.

Esperé durante mucho tiempo una oportunidad. Se presentó finalmente en forma de una perdiz a la que disparé y maté delante de las narices del inglés. Mi perro me la trajo; pero, tomando enseguida la presa, fui a disculparme por mi inconveniencia y a rogar a Sir John Rowell que aceptara el pájaro muerto.

Era un hombre fornido, con el pelo rojo, la barba roja, muy alto, muy ancho; una especie de Hércules plácido y cortés. No tenía nada de la rigidez llamada británica, y me dio las gracias vivamente por mi delicadeza en un francés con un acento de más allá de La Mancha. Al cabo de un mes habíamos charlado unas cinco o seis veces.

Finalmente una noche, cuando pasaba por su puerta, lo vi en el jardín, mientras fumaba su pipa acabalgado una silla. Lo saludé y me invitó a entrar para tomar una cerveza. No fue necesario que me lo repitiera.

Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa; se refirió con elogios a Francia, a Córcega, y dijo que le gustaba mucho este país y su costa.

Entonces, con grandes precauciones y como si fuera resultado de un interés muy vivo, le hice unas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Contestó sin apuros y me contó que había viajado mucho por África, las Indias y América. Añadió riéndose:

–*Tuve muchas aventuras, ¡oh! yes.*

Luego volví a hablar de caza y me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante e incluso la del gorila. Dije:

–*Todos esos animales son temibles.*

Sonrió:

–*¡Oh, no! El más malo es el hombre.*



Se echó a reír abiertamente, con una buena risa de inglés gordo y contento:

–He cazado mocho al hombre también.

Después habló de armas y me invitó a entrar en su casa para enseñarme sus escopetas.

El salón estaba tapizado de negro, de seda negra bordada con oro. Grandes flores amarillas corrían sobre la tela oscura, brillando como el fuego. Dijo:



—Eso ser un paño japonés.

Pero, en el centro del panel más amplio, una cosa extraña atrajo mi mirada. Sobre un cuadrado de terciopelo rojo se destacaba un objeto negro. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra reseca, con uñas amarillas, los músculos al descubierto y rastros de sangre vieja, semejante a mugre, sobre los huesos cortados de un golpe, como de un hachazo, hacia la mitad del antebrazo.



Alrededor de la muñeca una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro desaseado, la sujetaba a la pared con una argolla bastante fuerte como para llevar atado a un elefante. Pregunté:

—¿Qué es esto?

El inglés contestó tranquilamente:

—Era mejor enemigo de mí. Era de América. Ello había sido cortado con el sable y arrancado la piel con un piedra cortante, y secado al sol durante ocho días. ¡Aoh, muy buena para mí, ésta!

Toqué aquel despojo humano que debió pertenecer a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban unidos por enormes tendones que sujetaban tiras de piel a trozos. Era horroroso ver esa mano, despellejada de esa manera; inevitablemente hacía pensar en alguna venganza de salvajes. Dije:

—Ese hombre debía de ser muy fuerte.

El inglés dijo con dulzura:

—Aoh, yes; pero fui más fuerte que él. Yo había puesto esa cadena para sujetarle.

Creí que bromeaba. Dije:

—Ahora esta cadena es completamente inútil, la mano no se va a escapar.

Sir John Rowell prosiguió con tono grave:

—Ella siempre quería irse. Ese cadena era necesario.

Con una ojeada rápida, escudriñé su rostro, preguntándome: “¿Estará loco o me hará una broma pesada?”

Pero el rostro permanecía impenetrable, tranquilo y benévolo. Cambié de tema de conversación y admiré las escopetas.

Noté sin embargo que había tres revólveres cargados encima de unos

muebles, como si aquel hombre viviera con el temor constante de un ataque.

Volví varias veces a su casa. Después dejé de visitarlo. Nos habíamos acostumbrado a su presencia; ya no interesaba a nadie.

Transcurrió un año entero. Una mañana, hacia finales de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que Sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

Media hora más tarde entraba en casa del inglés con el comisario jefe y el capitán de la gendarmería. El criado de Sir John, enloquecido y desesperado, lloraba delante de la puerta. Primero sospeché de ese hombre, pero era inocente.



Nunca pudimos encontrar al culpable.

Cuando entré en el salón, distinguí al primer vistazo el cadáver extendido boca arriba, en el centro del cuarto.

El chaleco estaba desgarrado, una manga colgaba arrancada; todo indicaba que había tenido lugar una lucha terrible.

¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro negro e hinchado, pavoroso, parecía expresar un espanto abominable; llevaba algo entre sus dientes apretados; y su cuello, perforado con cinco agujeros que parecían haber sido hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.

Un médico se unió a nosotros. Examinó durante mucho tiempo las huellas de dedos en la carne y dijo estas extrañas palabras:

—Parece que hubiera sido estrangulado por un esqueleto.

Un escalofrío me recorrió la espalda y eché una mirada hacia la pared, en el lugar donde otrora había visto la horrible mano despellejada. Ya no estaba allí. La cadena, quebrada, colgaba.

Entonces me incliné hacia el muerto y encontré en su boca crispada uno de los dedos de la mano desaparecida, cortada o más bien serrada por los dientes, justo en la segunda falange.

Luego se procedió a las comprobaciones. No se descubrió nada. Ninguna puerta había sido forzada, ninguna ventana, ningún mueble. Los dos perros de guardia no habían despertado.

Ésta es, en pocas palabras, la declaración del criado:

Desde hacía un mes su amo parecía estar agitado. Había recibido muchas cartas, que había quemado a medida que iban llegando.

A menudo, con una fusta, preso de una ira que parecía demencia, había golpeado con furor aquella mano reseca, lacrada en la pared, y ahora desaparecida, no se sabe cómo, desde la misma hora del crimen.

Se acostaba muy tarde y se encerraba cuidadosamente. Siempre tenía armas al alcance de la mano. A menudo, por la noche, hablaba en voz alta, como si discutiera con alguien.

Aquella noche daba la casualidad de que no había hecho ningún ruido,

y hasta que no fue a abrir las ventanas el criado no había encontrado a Sir John asesinado. No sospechaba de nadie.

Comuniqué lo que sabía del muerto a los magistrados y a los funcionarios de la fuerza pública, y se llevó a cabo en toda la isla una investigación minuciosa. No se descubrió nada.

Tres meses después del crimen, una noche, tuve una pesadilla horrorosa. Me pareció que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión o como una araña a lo largo de mis cortinas y de mis paredes. Tres veces me desperté, tres veces me volví a dormir, tres veces volví a ver el odioso despojo galopando alrededor de mi habitación y moviendo los dedos como si fueran patas.



Al día siguiente me la trajeron; la habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de Sir John Rowell, a quien habían enterrado allí, ya que no pudieron dar con su familia. Faltaba el índice.

Ésta es, señoras, mi historia. No sé nada más.

* * *

Las mujeres, enloquecidas, estaban pálidas, temblaban. Una de ellas exclamó:

—¡Pero esto no es un desenlace, ni una explicación! No vamos a poder dormir si no nos dice lo que según usted ocurrió.

El magistrado sonrió con severidad:

—¡Oh, mis señoras! Sin duda alguna, voy a estropear sus terribles sueños. Pienso simplemente que el propietario legítimo de la mano no había muerto, que vino a buscarla con la que le quedaba. Pero no he podido saber cómo lo hizo, por ejemplo. Este caso es una especie de *vendetta*.

Una de las mujeres murmuró:

—No, no debe de ser así.

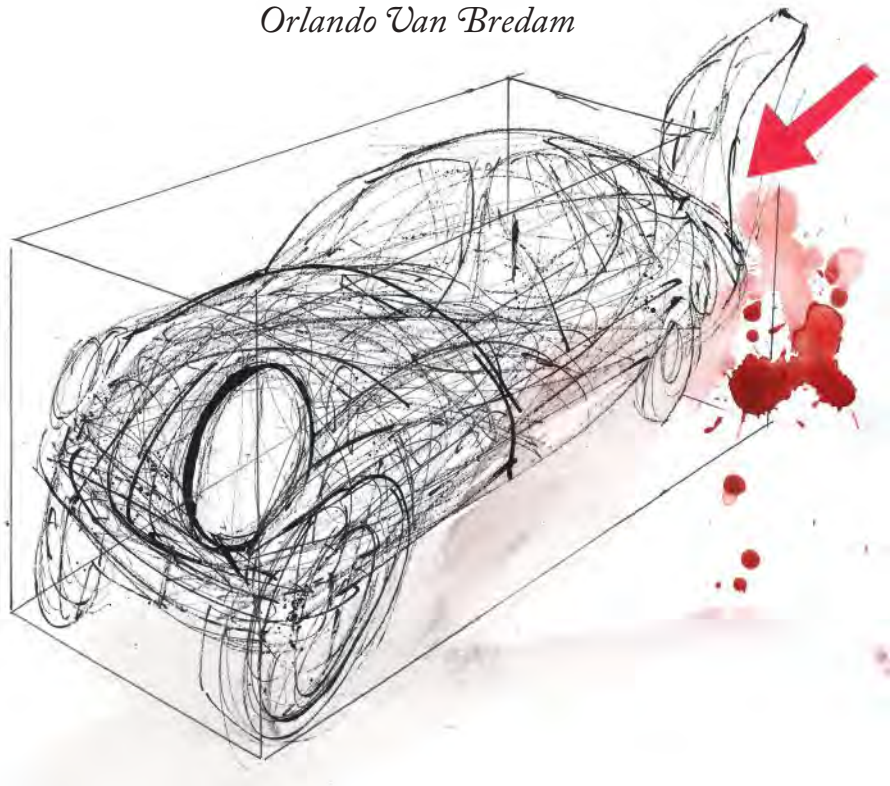
Y el juez de instrucción, sin dejar de sonreír, concluyó:

—Ya les había dicho que mi explicación no les gustaría.



CUENTO DE HORROR

Orlando Van Bredam



Esta misma mañana, hace unos momentos, usted encontró un cadáver en el baúl de su automóvil. Al espanto, le siguió el gesto instintivo de soltar con violencia la tapa y retroceder unos metros. Con el pulso acelerado, se acercó hasta el coche y contó hasta diez, incrédulo, antes de abrir el baúl nuevamente.

No había dudas, era un cadáver. Bastante desfigurado el rostro, con sangre todavía fresca que se deslizaba por la alfombra hacia el guardabarros izquierdo. Un muerto desconocido. Jamás había visto esa cara, ese torso pálido, esas piernas largas y velludas flexionadas con torpeza, seguramente por el homicida que colocó el cuerpo en el baúl. Un hombre semidesnudo

(apenas unos calzoncillos y unas medias) de unos cuarenta años, con una herida sangrante, tal vez de un balazo, en la sien derecha, y varios hematomas y en su automóvil. En el automóvil que usted todos los días utiliza para ir a la oficina. En el automóvil que ha permanecido (como usted cree) toda la noche en el garage.

Ahora recuerda que abrió el baúl para cerciorarse de que en el lavadero no habían olvidado cargar el gato como alguna vez sucedió. Entonces piensa en el lavadero. Le entregaron el auto ayer, a última hora. ¿Y si el homicida es



alguien del lavadero? ¿Y si el cadáver estuvo toda la tarde y la noche en el baúl? Sin embargo, parece sangre fresca. ¿Y cómo sabe usted si es sangre fresca?

Primero piensa que lo mejor es avisar a la policía. Después advierte que no será fácil explicar el hallazgo. Necesita un abogado. Se acuerda, entonces, de un amigo. Después de cerrar por segunda vez el baúl, abre la puerta que comunica al garage con el living. Y en el living ve, con horror, una camisa y unos pantalones que no son suyos, que levanta del piso para comprobar, también con horror, que están manchados con sangre.



A esta altura usted ve alejarse la posibilidad de llamar a la policía. Sobre todo cuando sigue las gotas de sangre hasta el dormitorio donde su mujer todavía descansa.

–¿Por qué volviste? –pregunta ella.

–Encontré un cadáver en el baúl del coche –contesta usted con fingida naturalidad.

–Ah, ¿era eso? –contesta ella– pensé que te habías olvidado del resumen de la tarjeta de crédito. Ah... y no te olvidés que hoy vence la luz y el teléfono.

–Encontré un cadáver... –insinúa usted no muy convencido.

–Te escuché –dice ella, inmutable–. La semana pasada fue un ahorcado en el jardín, hace tres días un ovni debajo del limonero.

–¿Pensás que estoy loco? –usted pierde pie, se desbarranca.



RATAS

Montague Rhodes James



—Si tú caminaste a través del dormitorio, has visto las andrajosas y húmedas colchas revueltas como el mar.

—¿Revueltas? ¿Por qué? —dijo.

—¿Por qué? Por las ratas que hay debajo.

Pero, ¿se debía ese movimiento a las ratas? Lo pregunto porque en otra ocasión no fue así. No puedo fechar esta historia, pero yo era joven cuando la oí, y el narrador era anciano. Es un extraño relato, pero por mi causa, no por él.

Sucedió en Suffolk, cerca de la costa. Junto al camino zigzagueante había una casa. Una casa alta de ladrillos, un poco estrecha para su altura, quizás construida cerca de 1770. El frente tenía un pequeño frontispicio

triangular con una ventana redonda en el centro. Detrás había habitaciones de servicio, cuartos y jardines tales como los que habían delante. Unos abetos escoceses crecían cerca; la planicie se extendía más allá, presidiendo la vista del mar lejano. Un cartel pendía de la puerta, que instaba a pensar que se trataba de una posada de buena reputación.

En esta posada comienza mi relato: *Mr.* Thomson, cuando era joven, vino desde la Universidad de Cambridge, deseoso de tener un poco de soledad en un cuarto tolerable y algún tiempo para leer. Tales cosas obtuvo, ya que el casero y su esposa realizaban un buen servicio y no había nadie más en la posada. Él tenía una gran habitación en el primer piso que daba al camino que llevaba hacia el este.

Pasó muchos días tranquilo y sin novedades: trabajando toda la mañana y realizando inspecciones por la tarde, alguna pequeña charla con vecinos del pueblo y por la noche con los demás huéspedes, tras un trago de brandy y agua, un poco más de lectura y escritura y a la cama; y se podía dar por satisfecho si esto continuaba por el resto del mes que se había tomado para realizar su trabajo, tan bien como fuera progresando el mes de abril de ese año. Y al respecto tengo razones para creer que fue justamente el que las crónicas meteorológicas del almanaque de Orlando Whistlecraft refieren como “Año encantador”.

Una de sus caminatas lo llevó al norte, por el camino que atraviesa una amplia zona de matorrales. En la brillante tarde su vista tornó hacia un objeto blanco, varias yardas hacia la izquierda del camino, y sintió que era necesario realizar una comprobación. Pronto se encontró frente a un bloque cuadrado de piedra blanca sobre lo que parecía ser la base de un pilar, con un hueco en la parte superior. Justamente tales cosas se pueden ver hoy en día en Thetford Heath. Luego de contar las que se podían ver contemplando un par de minutos el panorama, se le ofrecieron a la vista un par de iglesias, algunos tejados de casas de campo y el mar extenso, también con ocasionales destellos. Luego prosiguió su camino.

En la charla casual de esa noche, en el bar, él preguntó acerca de la piedra blanca.



–Es algo viejo; es lo que es –dijo *Mr. Betts*, el casero–. Ninguno de nosotros había nacido cuando la pusieron ahí.

–Es verdad –dijo un parroquiano.

–Está en un lugar bastante alto –dijo *Mr. Thomson*–. Tal vez en otro tiempo hubo ahí una baliza.

–¡Ah, sí! –agregó *Mr. Betts*–, escuché decir que se puede ver desde el mar; pero cualquier cosa que sea, está ahí desde hace mucho.

–Mejor –dijo un tercero–, los viejos solían decir que traía mala suerte para los pescadores.

–¿Por qué? –preguntó *Thomson*.

–Nunca lo supe, pero ellos tenían algunas ideas raras, o mejor dicho, extravagantes; no me asombraría que ellos mismos la hubieran destruido.

Fue imposible obtener nada más preciso que eso. Permanecieron en silencio, y cuando alguien volvió a hablar fue sobre otros temas. *Mr. Betts* fue quien habló.

No todos los días *Thomson* solía caminar por el condado. Una tarde muy especial se encontraba escribiendo a eso de las tres en punto. Se estiró y se levantó, salió de su habitación al pasillo. Enfrente había otro cuarto, luego una escalera y dos cuartos más, uno que daba a la parte posterior de la casa y el otro miraba hacia el sur. En el extremo sur del pasillo había una ventana, y a ella se acercó, sintiéndose como avergonzado de desperdiciar tan estupenda tarde. Sin embargo, su trabajo era lo más importante en ese momento, así que decidió tomarse sólo cinco minutos (los *Betts* no tendrían objeciones) para mirar las otras habitaciones, en las que jamás había estado.

Al parecer nadie las ocupaba. Probablemente, siendo día de mercado, todos habían ido a la ciudad, con la única excepción, tal vez, de la criada que atendía el bar. La casa estaba muy quieta, algunas moscas zumbaban en los vidrios de las ventanas. Así que incursionó en esos cuartos.

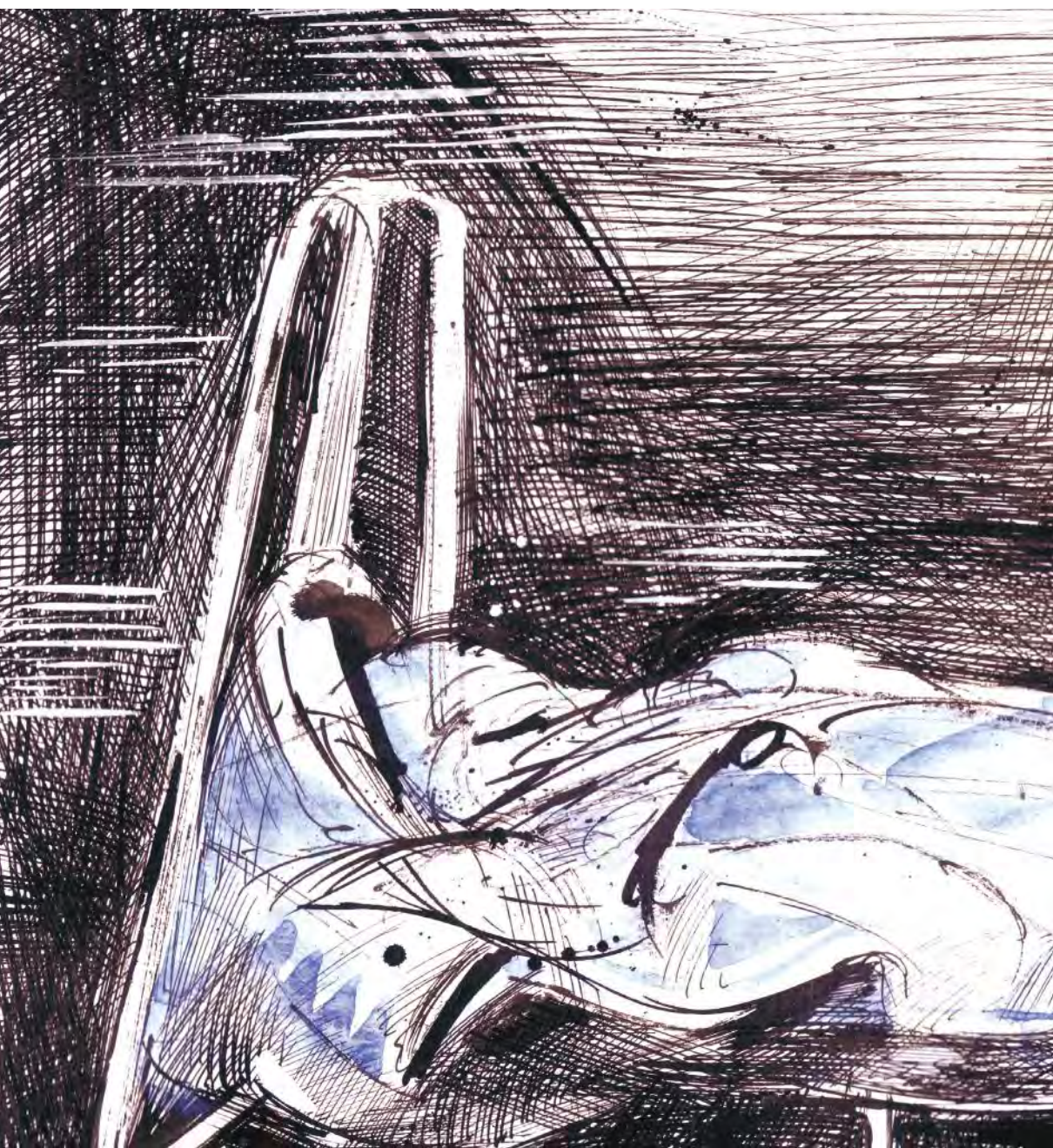
El que estaba frente al suyo era corriente, a excepción de un viejo grabado del Cementerio de *St. Edmunds*. Los dos siguientes eran más alegres y limpios, con una ventana por unidad (en tanto que su cuarto

tenía dos). Quedaba entonces el cuarto del lado sudoeste, opuesto al último al que había entrado. Estaba cerrado, pero Thomson tenía un talante de gran curiosidad, y creyó que no habría ningún secreto dañino en un lugar tan cercano, así que tomó la llave de su propio cuarto, y las de las demás habitaciones, y las probó. Con una de ellas pudo abrir la puerta.

La habitación tenía dos ventanas mirando al sur y al oeste, y dado que el día estaba muy soleado el ambiente estaba tan caluroso como afuera. No había alfombra, el piso era de madera. No había cuadros, ni había más que una cama en la esquina más lejana, una cama de metal con travesaños y un colchón, cubierto con un cobertor de color azul. Era una habitación anodina, sin gracia. Pero había allí algo extraño que hizo que Thomson cerrara rápidamente la puerta para quedarse silenciosamente reclinado contra la repisa de la ventana, en el pasillo, estremecido por completo: allí había algo bajo el cobertor, algo que yacía en la cama, y no sólo yacía, sino que se revolvía. Y era alguien, no algo, pues sobre la almohada se delineaba inconfundible la forma de una cabeza, a la que la colcha tapaba por completo. Y sólo un muerto yace con la cabeza cubierta, pero ese alguien no estaba muerto, no realmente muerto, porque jadeaba y se estremecía.

Si lo hubiese visto al atardecer o iluminado por la luz de una fluctuante bujía, Thomson pudo haberse reconfortado, pensando en una ilusión de su mente. En esta brillante tarde eso era imposible. ¿Qué hizo? Primero, cerró la puerta como sea. Muy cautelosamente se acercó e intentó escuchar, reteniendo su aliento; quizás podría oír alguna pesada respiración, y una prosaica explicación. Hubo absoluto silencio. Pero a medida que, con mano temblorosa, ponía la llave en la cerradura y la giraba, rechinando, se escuchó algo como una pisada o un tropezón, desde dentro de la habitación. Thomson regresó saltando como un conejo a su habitación y la cerró con llave; era en vano, lo sabía, ya que ¿podrían ser obstáculo las puertas o las cerraduras para lo que él sospechaba? Su primer impulso fue, por supuesto, abandonar lo antes posible esa casa que albergaba huésped tan nefasto. Pero precisamente el día anterior había asegurado que se quedaría por lo menos una semana más y, en caso de cambiar sus planes, de ningún modo podría evitar que

sospecharan su participación en asuntos que no le concernían. Además, o bien los Betts conocían la existencia del extraño huésped (y sin embargo no abandonaban la casa), o bien la ignoraban (lo cual también evidenciaba que no había nada que temer), o bien sabían sólo lo suficiente como para cerrar la habitación, pero demasiado poco como para alarmarse. En cualquiera de



esos casos, parecía obvio que no existía nada digno de temor; su propia experiencia, por lo demás, no había sido tan terrible. Quedarse, en todo caso, implicaba menos esfuerzo. Así que se quedó en la casa una semana más. Nada lo llevó a cruzar la puerta nuevamente, y las veces que, haciendo pausas en su trabajo, se acercó a la puerta a escuchar, nada pudo escuchar.



Habría sido lógico, tal vez, que Thomson intentara averiguar historias relacionadas con la posada, no interrogando a Betts sino al párroco o a la gente más vieja de la aldea, pero no lo hizo. Era presa de esa reserva que suele dominar a la gente que padeció experiencias extrañas y cree en ellas. No vio la típica reticencia en la que el común de la gente cae cuando tiene que narrar sus experiencias extrañas, y al final de cada día su aspiración a tener una explicación lógica era más y más difícil. En sus solitarias caminatas persistía en planear alguna manera de echar un nuevo vistazo diurno a aquel cuarto, para eventualmente arribar a la resolución del misterio. Concibió, finalmente, este ardid: debía marcharse por la tarde, en el tren de las cuatro; cuando el cabriolé lo aguardara con el equipaje, haría una última incursión al piso alto para examinar su propio dormitorio y verificar si no olvidaba nada; entonces, con esa misma llave, previamente aceitada –¡como si eso valiera algo!– abriría una vez más, sólo por un instante, la puerta de la otra habitación, aunque sólo por un momento.

Así lo hizo. Pagó la cuenta y sostuvo una charla breve y convencional mientras trasladaban su equipaje al cabriolé.

–He sido atendido muy bien, muchas gracias a usted y a *Mrs.* Betts.

–Encantados de que esté satisfecho, señor. Hicimos todo lo posible... Esperamos que vuelva otra vez.

–Echaré un vistazo arriba, para ver si no me olvido ningún libro –dijo Thomson de repente–. Volveré en un minuto.

Y subió y tan silenciosamente como le fue posible tomó la llave y abrió la puerta. ¡Y su ilusión se hizo pedazos! Tendido, o sentado, al borde de la cama, había... ¡un espantapájaros! Un espantapájaros de jardín, por supuesto, tirado en la habitación vacía. Se rió, pero claro, ahí mismo terminó la diversión. ¿Tienen los espantapájaros pies huesudos? ¿Se repantigan sus cabezas sobre los hombros? ¿Tienen cadenas de metal alrededor de sus cuellos? ¿Pueden levantarse y moverse por el piso, agitando la cabeza y los brazos? ¿Pueden temblaquear?

Dio un portazo, se precipitó hacia las escaleras, las bajó de un salto y,





finalmente, perdió el sentido.

Al despertar, Thomson vio a *Mr. Betts* que se inclinaba sobre él con una botella de aguardiente y le dirigía una mirada de reprobación.

—Usted no debió hacer eso, señor; realmente no debió. No es una manera de agradecer a las personas que lo atienden tan bien y que hacen lo mejor por usted.

Thomson no sabía qué responder. A *Mr. Betts*, y tal vez aún más a *Mrs. Betts*, les resultaba difícil aceptar sus disculpas, por más que él alegaba que nada diría que pudiese perjudicar el buen nombre de la casa. Debieron sin embargo aceptarlas porque Thomson ya no podía alcanzar el tren, de manera que se hicieron los arreglos necesarios para que esa noche durmiera en la ciudad. Antes de que se fuera, los *Betts* le contaron lo poco que sabían.

—Dicen que era, hace mucho tiempo, el dueño de esta propiedad y que protegía a los bandoleros. Y así fue como le llegó su fin; fue colgado con una cadena, según dijeron, desde donde usted ve esa piedra que tiene el gallo encima. Sí, los pescadores se ahuyentaron con esto, yo creo que porque lo veían desde el mar y no tenían suerte en la pesca, según su creencia. Sí, nosotros escuchamos los relatos de la gente que tuvo la casa antes de nuestra llegada. Guarde esa habitación bajo llave, nos dijeron, no vayan a mover de su lugar la cama, y no tendrán ningún problema. Nada ha pasado; ni una sola vez él salió del cuarto, a pesar de que pudo haberlo hecho ahora. De cualquier manera, usted es el primero que sabemos que lo vio desde que vivimos aquí; yo nunca lo vi, ni tampoco quiero verlo. Y desde el momento que hicimos las habitaciones de los criados en la parte de atrás, no tuvimos problemas con él. Solamente espero, señor, que usted será discreto, considerando que la gente habla mucho... Usted sabe lo perjudiciales que podrían ser ciertas habladorías...

Mr. Thomson mantuvo la promesa durante muchos años. Y yo conocí esta historia gracias a un incidente peculiar: cuando *Mr. Thomson* vino a visitar a mi padre, me tocó mostrarle su habitación, pero él, en lugar

de permitir que yo le abriera la puerta, se me adelantó y la abrió por sí mismo; luego permaneció varios minutos parado en el umbral y escudriñó con insistencia, a la luz de la vela, el interior del cuarto. Al fin pareció recobrarse y se disculpó:

–Lo siento –dijo–. Sé que es absurdo, pero jamás puedo evitar hacerlo, por un motivo muy particular.

Días más tarde conocí ese motivo tan particular; y ustedes acaban de conocerlo.



PARA SABER SOBRE...



Horacio Quiroga nació en Salto, Uruguay, en 1878, pero vivió casi toda su vida en la Argentina. Cuentista, dramaturgo y poeta, se lo considera el gran maestro del cuento latinoamericano. En sus relatos la naturaleza adquiere rasgos temibles, y su propia vida fue trágica, signada por accidentes y suicidios. Su obra es fabulosa en todos los sentidos, para adultos y para chicos: *Cuentos de amor, de locura y de muerte, Cuentos de la selva, La gallina degollada y otros cuentos, Los desterrados y El hombre muerto*.

Hugo Mitoire nació en Margarita Belén, Chaco, en 1958, pero desde 1993 vive en Oberá, Misiones, donde en 2004 abandonó su profesión (es médico cirujano y bioquímico) para dedicarse a la literatura. Ha escrito una extensa obra para niños titulada *Cuentos de Terror para Franco*, ya con más de diez títulos en serie, y de la que lleva vendidos decenas de miles de ejemplares.

Mariana Enríquez nació en Buenos Aires en 1973. Licenciada en Periodismo y Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata, escribe en diarios y revistas, y se ha ido especializando en literatura gótica contemporánea. Publicó dos novelas: *Bajar es lo peor* y *Cómo desaparecer completamente*. También publicó un libro de cuentos: *Los peligros de fumar en la cama*. Otros relatos aparecieron en diversas antologías.

Guy de Maupassant (Francia, 1850–1893) está considerado uno de los más grandes escritores franceses del Siglo XIX, célebre por sus cuentos de horror, género en el que fue un maestro. De estilo ágil y veloz, son memorables “Bola de sebo”, “La noche”, “La cabellera” y “El Horla”. Publicó también cinco novelas, entre ellas: *Una vida*, *Bel-Ami* y *Fuerte como la muerte*.

Orlando van Bredam nació en Entre Ríos en 1952, pero lleva más de 30 años viviendo en El Colorado, Formosa, donde está a cargo de las cátedras de Teoría Literaria y Literatura Iberoamericana en la Universidad Nacional de Formosa. Novelista y maestro del cuento breve y brevísimo, es autor, entre otros libros, de *Fabulaciones*, *La vida te cambia los planes*, *Las armas que carga el diablo*, *Teoría del desamparo* y *El retobado*.

Montague Rhodes James (1862–1936) fue un escritor inglés especializado en cuentos de horror. De profesión anticuario y medievalista aficionado, fue una autoridad en literatura gótica. Fue autor de varios libros de gran popularidad: *Trece historias de fantasmas*, *Historias sobrenaturales*, *Corazones perdidos*, *Un fantasma inconsistente*, *Historias de fantasmas de un anticuario* y una novela corta de fantasía sobrenatural para niños: *Los cinco frascos*.

Nuestro profundo agradecimiento a los autores que han cedido generosamente los relatos que conforman Cuentos para leer con la luz prendida. Y nuestro reconocimiento a todas las editoriales por la colaboración prestada para esta publicación.



Peudeba